



El boom de la narrativa femenina de México: su aporte social y sus rasgos literarios

Irma M. López
Agrupación Política Nacional
Cuadernos de la Corregidora 4
Octubre - Diciembre
2005

El boom de la narrativa femenina de México: su aporte social y sus rasgos literarios

Por Irma M. López
Western Michigan University
Kalamazoo, MI.

Si se deseara señalar una fecha al cambio que sobrevino en el campo de la literatura escrita por mujeres mexicanas, no sería desacertado decir que han sido las últimas tres décadas del siglo XX las que han marcado un hito con la participación notoriamente visible y franca de la mujer escritora. Este logro excepcional de las letras nacionales puede verse como la culminación de varios factores relacionados tanto con la rica y amplia tradición creativa —con la que ha contado el país desde sus inicios coloniales— como con los procesos históricos que se dan a partir del medio siglo en el mundo, y que vienen a ser decisivos en los cambios políticos, económicos y sociales de México.

Precisamente son ambas vertientes las que combinadas contribuyeron al surgimiento dinámico y vigoroso de una literatura muy versátil, escrita por mujeres, que rápidamente encontró acogida dentro de un público nacional e internacional. La proliferación creativa, la recepción calurosa y el éxito de mercado nunca antes experimentado a esa escala dentro de la producción artística de las mujeres fueron indicadores de un nuevo tiempo histórico. La diversidad literaria y los best seller, puntualizaron una nueva generación de lectores mexicanos que emergían de la polifacética década de los sesenta con comportamientos mucho más abiertos, irreverentes y quisquillosos, en comparación con los de las generaciones anteriores. Las nuevas posturas y actitudes con las que los jóvenes se acercaban a su entorno los volvió críticos y escépticos de los valores culturales tradicionales; de ahí que como promotores, y sobre todo consumidores de cultura, pugnaban por expresiones actualizadas

que manifestaran y dieran eco a intereses y preocupaciones más a tono con sus experiencias íntimas, y de compleja índole social.

Tal es el caso específico de la mujer con inclinaciones literarias, que estimulada por los logros que venía alcanzando su género dentro de la vida pública (educación, voto, participación civil), cada vez más concientizada, estaba lista para abandonar su papel de musa pasiva y convertirse en protagonista y redactora de su historia individual y colectiva. Dentro de este grupo de mujeres —cuya literatura comienza a publicarse y a sonar con fuerza dentro del mercado literario de los años sesenta y la década de los setenta— están Carmen Boullosa, Margo Glantz, Ethel Krauze, Bárbara Jacobs, Angeles Mastretta, Silvia Molina, Angelina Muñoz-Habermas, María Luisa Puga, Aline Peterson, Sara Sefchovich y, por supuesto, Elena Poniatowska. Este grupo de narradoras constituyeron las nuevas voces que trastocaron el canon de las letras mexicanas con una novelística que examinaba la sociedad moderna desde una óptica muy heterogénea.

Además de alterar viejos órdenes de apreciación y nomenclatura mediante una escritura novedosa, el boom femenino proporcionó empuje sólido, e inyectó energía a la ya valiosa escritura de mujeres que arrancó desde la época colonial con las voces conventuales —aún en proceso de estudio— y cuya máxima representante es sor Juana Inés de la Cruz. Sin embargo, el impacto mayor de este auge creativo de los setenta va a dejar sentirse con fuerza revitalizante en la producción que les antecede en su pasado inmediato. Es decir, el interés y la curiosidad que despertaban en los lectores las obras de esta generación de los años sesenta y setenta, avivó el deseo de lectura y de familiarización con la ficción que se venía publicando desde la época posrevolucionaria. Escritoras como Nellie Campobello, Rosario Castellanos, Elena Garro, Sara García Iglesias y Luisa Josefina Hernández, entre otras, se encontraban, en su mayoría, intelectualmente activas cuando la joven generación irrumpe en el estrado literario.

Se trataba de un diverso grupo de calidad creativa, pero desafortunadamente apenas conocido y difundido fuera de ciertos gremios culturales e intelectuales. El auge de las escritoras de los setenta constituyó un factor decisivo para que aumentara su promoción y se distribuyera más eficazmente la obra de las autoras posrevolucionarias, la que operaba —con contadas excepciones, como la de Rosario Castellanos—, en los bordes del canon de las letras nacionales. Por consiguiente, este nuevo corpus de escritura tuvo alcances insospechados e hizo aportaciones trascendentes a la historia nacional, y más concretamente a los anales de la literatura mexicana actual. No hay que olvidar, sin embargo, que el intento primario de este ejercicio creativo no se centraba en alterar órdenes anquilosados —ese fenómeno se daría por inercia propia más adelante—, sino que la mira principal apuntaba a dar expresión a la experiencia individual y social de los mexicanos, especialmente a la mujer, desde una singular perspectiva.

Llevar a cabo esta empresa de representación les requería a las escritoras valerse de procedimientos técnicos que facilitarían el estudio de una sociedad, cambiante e incierta, desde el ángulo particular que ofrecían las experiencias

de su género. El valor social y artístico de su trabajo exigía que experimentaran con fórmulas literarias que se adaptaran a la especificidad temática. Se buscaba al mismo tiempo que fueran asequibles para el consumidor moderno, tanto por su fácil manejo como por su accesibilidad económica. Es decir, en oposición a la entonces reciente y prestigiada narrativa del boom latinoamericano de los años sesenta —integrado por Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, entre otros—, que fue la fuente de inspiración para muchas de ellas, este nuevo boom femenino buscaba llegar a un lector menos elitista sin perder su calidad artística. La técnica formaba parte de una reforma que buscaba acercarse a la incipiente comunidad lectora. El tema de la identidad, puesto en boga por los coloquios internacionales de mujeres que querían cambiar su suerte, les precisaba buscar recursos literarios que destacaran la escritura en primera persona; una voz que a través de sus anécdotas personales fuera descubriendo ante el lector la manera en que la cultura construye su conformación psicológica y emocional, su propio perfil como persona dentro de las estructuras de un país conservador que, en avances y retrocesos, venía sucediéndose desde el medio siglo.

El lugar preponderante que ocupa la identidad femenina en esta narrativa indica la seriedad con la que las intelectuales de la década de los setenta examinaron las fuerzas que iban formando la individualidad de las mexicanas, y el empeño con que ellas buscaban maneras alternativas de comportamiento y de comprensión entre los géneros. Sus propuestas y reacciones abrieron el diálogo y, como apunta la socióloga María Luisa Tarrés, presentaban otras alternativas para redefinir “las formas de encarar a la mujer y las relaciones entre géneros y generaciones”. La temática que estas autoras desarrollan ha sido desde sus inicios refrescantemente variada, y lo mismo puede decirse de los recursos técnicos que emplearon para expresarla.

El estudio que aquí me ocupa examina únicamente el tratamiento que varias novelistas —que han publicado obra entre los años setenta y el año dos mil, aproximadamente—, dan al tema de la identidad femenina. Se argumenta que durante estas tres décadas el tema se ha revisado desde tres perspectivas. La primera de ellas detalla la lucha por la conquista de la identidad propia; la segunda, se relaciona con el deseo de explorar y entender la identidad en las relaciones de género y, la tercera, se elabora en torno a la identidad nacional. En resumen podría decirse que la narrativa que se publicó a finales de la década de los años sesenta, y sobre todo la de los setenta, pretende demarcar los esfuerzos del “yo” femenino por alcanzar una definición propia que le permita el encuentro consigo misma y, como consecuencia, una manera más firme y desenvuelta de actuar dentro de una sociedad marcadamente paternalista. Hacia las postrimerías de la década de los ochenta se observa que este tópico sigue explorándose con más énfasis en las preocupaciones de colectividad.

La búsqueda de la identidad individual

La labor de las escritoras de los años setenta en pro de examinar la identidad personal de género, destacó el apremio de los intelectuales mexicanos, sobre

todo los investigadores sociales, por crear nuevas lentes desde las cuales escudriñar, por una parte, los avances en la producción literaria de las mujeres de México; y por la otra, estudiar en su obra la relación con la sociedad ya adentrada en el curso de la modernización iniciada desde mediados del siglo XX. En la década de los setenta existió en el país una infraestructura bien desarrollada que facilitó el crecimiento artístico de este sector femenino. Los notables avances de México en materia de salud, educación, transporte, bolsa de trabajo, desarrollo urbano, etcétera, se venían impulsando por la estabilidad económica que se consiguió durante el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz, entre los años de 1964 y 1970. Este periodo de progreso económico, conocido como el “Milagro mexicano,” formó parte de lo que el secretario de Finanzas de aquel gabinete, Arturo Ortiz Mena, denominó el “desarrollo estabilizador.” Se trataba de una estabilidad monetaria interna que hacía eco del bienestar financiero que experimentaban algunas regiones occidentales capitalistas de ese tiempo (Krauze, 80-81).

Esta fase de expansión económica nacional, aunque dejaba a un vasto sector popular relegado y limitado en la escala socioeconómica, también proporcionaba a los hijos de las familias de la naciente clase media el acceso relativamente fácil a la educación superior. Dicha generación rápidamente demostró su voluntad decidida y compromiso público para protagonizar reformas sociales vertidas en protestas estudiantiles, previas y durante 1968. La inconformidad con las medidas gubernamentales respecto a la violación de los derechos civiles y laborales que esta política trajo aparejadas, culminó en el enfrentamiento de los estudiantes de educación superior con las fuerzas militares en la plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, el dos de octubre del sesenta y ocho.

Sin embargo, y pese a este clima de opresión social, corrió en paralelo la visible apertura en los derechos y prerrogativas de la mujer mexicana que le permitían participar en áreas que habían estado reservadas mayoritariamente para los hombres. Su integración paulatina en los procesos de cambio, desde que obtuvo el derecho al voto en 1955, se hizo inmediatamente notoria en los campos laboral, educativo, político y sindical, entre otros. Su participación, que era restringida y oscilante en las décadas previas, resultaba más abierta y mani. esta.

En aquella lucha por alcanzar reformas sociales y legislativas que favorecieran su individualidad, descolló el ahínco con que buscaban la “voluntad de ser”, de la que habla Tarrés. Aquel anhelo había estado latente sobre todo en la mujer mexicana de clase media y media alta desde los tiempos en que las sufragistas buscaban la igualdad de derechos (Tarrés, 11-19). El dinamismo cívico que exhibió esta generación puso al descubierto la urgencia de escapar del destino y de la limitación de su género; de vivir vidas más personalizadas y plenas que les facilitaran el acceso y el desempeño dentro de la esfera del sector social. A quince años de haber otorgado a la mujer el derecho al voto, la sociedad mexicana empezaba a mostrarse menos renuente y más tolerante con la mujer de la clase media que iba apartándose de la rutina doméstica.

El proceso de transformación social de los años setenta se manifestó en el quehacer profesional público de figuras como la activista política Guadalupe Rivera, la senadora federal Aurora Ruvalcaba, la diputada federal Silvia Hernández y la líder de las trabajadoras Magda Monzón (Meyer y Sherman, 698).

La investigadora especialista en estudios de la mujer, Elena Urrutia, señala que todas estas reformas y cambios que permitieron a la mujer adentrarse en la fuerza cívica y laboral, también precisaban nuevas posturas de reacción crítica para poder hacer frente con éxito a las disyuntivas y confusiones que de suyo surgen cuando emergen tales transformaciones sociales. Urrutia considera inevitable y esencial la recomposición de la identidad de la mujer, redención que se logra en la medida en que ésta se torna consciente de las contradicciones y dilemas de su marginalidad social y psicológica (Tarrés, 7). Dentro del pensamiento crítico nacional de las tres últimas décadas del siglo XX, la literatura ha proporcionado importante aportación a los estudiosos e investigadores. Las ciencias sociales mexicanas han hecho hincapié en lo concerniente a los estudios de la mujer. Los esfuerzos en conjunto de los intelectuales de México, demuestran el impulso de una comunidad abocada a presentar nuevas alternativas en el tratamiento de tópicos sobre el género, a partir de las teorías contemporáneas de las ciencias sociales y las humanidades. El estudio persistente que hacen las escritoras sobre la conformación psicosocial de la mujer mexicana las coloca en el centro del debate político en torno a cuestionar el papel tradicional de la mujer. Adicionalmente, la presencia femenina en los procesos de cambio, sobre todo de las mujeres de clase media, y su entrada masiva a la fuerza económica más allá del universo doméstico, denotan la nueva conciencia que la colectividad viene adquiriendo en los decenios finiseculares.

La crónica de ese devenir, que nunca ha sido lineal, ha quedado documentado en los anales de la historia nacional y en la historia de la literatura, con la perspectiva singular y amplia de las participantes. Las escritoras que publican desde los años setenta, pertenecientes a diferentes generaciones y estratos sociales, han articulado mediante diferentes acercamientos una crítica femenina de la sociedad mexicana.

Boullosa, Margo Glantz, Ethel Krauze, Bárbara Jacobs, Ángeles Mastretta, Silvia Molina, Angelina Muñoz-Habermas, Puga, Aline Peterson, Sara Sefchovich y Elena Poniatowska, inspiradas en el mundo ordinario que las rodea, relatan historias que en su aparente sencillez ponen al lector más cerca de su realidad que de la ficción. La predilección por un tipo de anécdota de la vida cotidiana en contextos ciudadanos, donde la metrópoli es el detonante urbano de crecimiento, enfatiza el interés de las narraciones por acercar a la mujer a redes complejas para formar una nueva conciencia y determinar su comportamiento como un ente distinto. Al develar vidas femeninas en sus instancias ordinarias a través de la literatura, las escritoras están revalorando el espacio doméstico en el que se desenvuelven las mujeres, al mismo tiempo que registran los diferentes procesos de auto búsqueda que se generan dentro de estructuras que siguen siendo restrictivas para ellas. Una gran parte de la literatura que se publica en esos años recrea personajes femeninos en

transición y lucha en pos de lograr un desarrollo propio, dentro de un marco de familia y comunidad que a menudo disciplina y limita la “voluntad de ser” (Tarrés, 21-22).

La historiadora Julia Tuñón Pablos, en su obra *Women in Mexico: A Past Unveiled*, identifica algunas de las disyuntivas que enfrenta la mujer mexicana de la década de los setenta frente a la igualdad de derechos y la realidad práctica a la hora de ejercerlos. Tuñón Pablos, por su parte, señala las consecuencias que le acarrea a la mujer mexicana apartarse de los preceptos que la cultura le ha marcado. La autora alude a los obstáculos impuestos a la mujer por la familia cuando se trata de romper actitudes tradicionales que entorpecen sus logros íntimos y sus derechos ciudadanos, así mismo el repudio social que sobreviene cuando se aleja de esas normas, a pesar de la apertura que el mundo moderno le brinda. Tuñón Pablos puntualiza que la igualdad jurídica no necesariamente equivale a la igualdad dentro de la realidad práctica, aunque la primera es esencial para que se alcance la segunda, y concluye que “La opresión de las mujeres es mucho más compleja y está enraizada en cuestiones fuera de la esfera legal” (Tuñón, 113).

Este sistema contradictorio en el cual la mujer se desempeña, se documenta en esta literatura de ficción mediante imágenes de mujeres en crisis. Se trata a menudo de personajes solitarios y confundidos, que exhiben sus problemas internos y externos estrechamente vinculados a las desviaciones culturales que han llevado a cabo para poder ejercer una voluntad de ser, que se van definiendo a medida que toman conciencia de sí mismas. Textos como *La mañana debe seguir gris* (1977), de Silvia Molina, y *Pánico o peligro* (1983), de María Luisa Puga —dos novelistas consolidadas que comienzan a publicar en la década de los setenta—, documentan las vicisitudes íntimas por las que atraviesan las jóvenes de esos tiempos. La angustia que ejerce la presión sociocultural ante sus decisiones personales —que pudieran favorecer un desarrollo más diverso y satisfactorio—, es una fuerza poderosa que inhibe el deseo de individualidad y paraliza temporalmente la auto búsqueda que han iniciado consciente o inconscientemente.

Otra característica sobresaliente de estos personajes es la soledad. El distanciamiento del mundo que les rodea ha sido provocado por la inconformidad de ser quienes son, viviendo en un escenario que les parece limitado y estrecho. La soledad es vivida como trinchera para ejercer con libertad la nueva individualidad que han ido descubriendo (López González, 31). Sin embargo, y pese a todas las adversidades de la sociedad moderna, las pruebas que asaltan a estos personajes suelen superarse hacia caminos escindidos que revelan el carácter decidido de esta nueva generación. Los finales narrativos de esta novelística generalmente quedan abiertos; con ellos se subraya la posibilidad del aprendizaje como un viaje sin límite. Podría decirse que en su conjunto este tipo de ficción posibilita un conocimiento sobre las distintas maneras en que la mujer de esa generación expresa sus anhelos de autonomía, asentando de paso la fortaleza con la que enfrenta los cambios en la estructura social de la época. Con esta renovada perspectiva de la juventud del país, las obras promueven una amplia variedad de acercamientos

metodológicos y teóricos que impulsan el debate y la reflexión crítica sobre la sociedad y la expresión creativa de México.

El deseo de señalar los tropiezos y logros de la mujer, así como de renovar su imagen y documentar su participación en el espacio público y en ambientes urbanitas, encontró su forma apropiada en un tipo de narrativa que pone énfasis en la introspección como el primer paso hacia la afirmación y el redescubrimiento de formas alternativas de vida. La frecuencia con que las autoras se adentran en la intimidad de sus personajes, y la constancia con que éstos inician el proceso de auto búsqueda, muestra el deseo no sólo de revalorar el quehacer de la mujer y poner al descubierto sus luchas y triunfos cotidianos, sino de inquirir en los orígenes de su conformación psicosocial. La mañana debe seguir gris (1977), Círculos (1977), Querido Diego, te abraza Quiela (1978), Las genealogías (1981), Pánico o peligro (1983), Hasta no verte Jesús mío (1984), Arráncame la vida (1985), Antonia (1989) y La familia vino del norte (1991), ilustran la amplia gama de actitudes masculinas y femeninas que responden al papel que la cultura ha otorgado a los géneros, destacando la urgencia de identificarlos y modificarlos los modelos culturales que ambos han interiorizado. El valor que la mujer se da a sí misma en el transcurso del auto análisis que reconstruye su ser, se presenta en estas obras como medida elemental para dar paso hacia la afirmación y el auto conocimiento. El cambio individual se percibe eminente en estas novelas para poder hacer frente a las intensas demandas socioeconómicas. En ese sentido, la obra creativa de estas autoras revela en sus personajes una fuerza que genera la reinención de la representación femenina.

La escritura autobiográfica viene a ser el recurso apto para recrear en la ficción esta temática proveniente de realidades muy concretas. El carácter reflexivo de esta forma de escritura facilita, como en el clásico Narciso, la mirada diáfana con la imagen misma que no necesariamente resulta ser halagadora, pero sí frecuentemente honesta. La novela autobiográfica La forma del silencio (1987), de María Luisa Puga, sintetiza en su título las intenciones inmediatas de esta generación de intelectuales: dar forma a su silencio (voz), mediante la palabra.

Representar el silencio por medio de la escritura implica para esta generación no sólo darle voz, sino también denunciarlo con el lenguaje personal que surge de la experiencia íntima. El silencio femenino cobra voz en el texto autobiográfico y la escritura se convierte literalmente en la forma física de éste. La narración deviene en el mecanismo de apropiación que afirma la capacidad de la mujer para hablar y representarse con el lenguaje de sus propias vivencias y especificidad de su género (Sefchovich, 18).

Un alto número de obras que se publicaron durante la época adoptaron este formato literario, una predilección que nos lleva a conjeturar que en estas narraciones la experimentación formal o la originalidad temática no es el intento primario, sino que el propósito de narrar una historia bien contada constituye la meta primordial de ésta (Domenella, 191).

Nuevamente, textos como *La mañana debe seguir gris* (1977); *Círculos* (1977); *Querido Diego, te abraza Quiela* (1978); *Las genealogías* (1981); *Pánico o peligro* (1983), *Hasta no verte Jesús mío* (1984); *Arráncame la vida* (1985); *Antonia* (1989), y *La familia vino del norte* (1991), son ejemplos reducidos de la predilección por este tipo de literatura autobiográfica que detalla las etapas y procesos de formación de sus protagonistas. Estos personajes de ficción van detallando el acceso que tienen a una forma de vida más abierta que la de sus antecesoras, ejemplificada en la educación que han recibido, la actividad profesional que desarrollan, en la independencia y autonomía para buscarse la vida por ellas mismas, o incluso en el comportamiento desinhibido y franco respecto de su conducta sexual.

Este tipo de obras recuerdan al lector muchos de los temas de la lucha generacional que se popularizan en la llamada "literatura de la onda" de los años sesenta y que curiosamente es señaladamente masculina. En esta ficción, la ruptura con los valores tradicionales de la familia y la cultura es una constante temática. Las anécdotas personales advierten que, aunque el traspaso de los esquemas impuestos posibilita una actuación más independiente, el proyecto de liberación personal en una sociedad conservadora acarrea consecuencias inimaginables.

Precisamente, la novelística femenina de los años setenta y ochenta reitera los efectos graves de tales desvíos, pues aunque la modernización en México había entrado en auge, como se ha dicho previamente, los valores liberales que la acompañaron no penetraron con la misma rapidez las estructuras de la cultura tradicional, concretizadas en las instituciones sociales. No resulta extraño que la trayectoria del desarrollo de las protagonistas de estas narraciones se exponga como una travesía solitaria, y que los errores y la inseguridad que se derivan de la auto afirmación propicie un replegamiento interior desde el espacio público, que en la mayoría de los casos suele ser temporal.

La desvinculación comienza a atenuarse cuando la mujer moderna reconoce y acepta la obligación impostergable de atender las necesidades inmediatas por sí sola. En tales circunstancias críticas, frecuentemente la compañía o la voz de otra mujer de su tiempo da apoyo a sus aspiraciones en cuanto a sujetos capaces de determinar su vida. Asimismo, otras figuras femeninas con las que tropiezan en su devenir aplauden sus esfuerzos y animan sus intentos de independencia y auto encuentro, reemplazando el vacío de la familia de origen (López González, 31). Es indudable que la producción narrativa de estas autoras ha registrado las diversas y fatigantes experiencias de una generación, en su mayoría de clase media, que ya no da marcha atrás en el camino hacia la liberación de aquellas prácticas poco efectivas para el nuevo clima que está por venir.

La identidad en relaciones de género

A finales de la década de los ochenta y principios de los noventa, la escritura de las mujeres en México ocupó un lugar prominente en las letras nacionales y en el mercado literario. Los esfuerzos que las autoras venían haciendo por

insertarse a la par con los grandes creadores de la época, fue reconocido y valorado por una nueva generación de críticos literarios especializados y por una comunidad lectora sofisticada. Esta estima se manifestó en la atención que recibiera su obra en el extranjero, la cual desde el espacio público, que en la mayoría de los casos suele ser temporal.

La desvinculación comienza a atenuarse cuando la mujer moderna reconoce y acepta la obligación impostergable de atender las necesidades inmediatas por sí sola. En tales circunstancias críticas, frecuentemente la compañía o la voz de otra mujer de su tiempo da apoyo a sus aspiraciones en cuanto a sujetos capaces de determinar su vida. Asimismo, otras figuras femeninas con las que tropiezan en su devenir aplauden sus esfuerzos y animan sus intentos de independencia y auto encuentro, reemplazando el vacío de la familia de origen (López González, 31). Es indudable que la producción narrativa de estas autoras ha registrado las diversas y fatigantes experiencias de una generación, en su mayoría de clase media, que ya no da marcha atrás en el camino hacia la liberación de aquellas prácticas poco efectivas para el nuevo clima que está por venir. La identidad en relaciones de género A finales de la década de los ochenta y principios de los noventa, la escritura de las mujeres en México ocupó un lugar prominente en las letras nacionales y en el mercado literario. Los esfuerzos que las autoras venían haciendo por insertarse a la par con los grandes creadores de la época, fue reconocido y valorado por una nueva generación de críticos literarios especializados y por una comunidad lectora sofisticada.

Esta estima se manifestó en la atención que recibiera su obra en el extranjero, la cual vino acompañada de un éxito de ventas, pero además, del gran interés por su estudio que surge en la comunidad académica latinoamericana, estadounidense y europea. Las instituciones de educación superior de estos hemisferios le empezaron a otorgar a la literatura femenina de las letras hispanas un espacio vital dentro de su currículo. La entrada de esta producción en el esquema internacional respondió en parte a la mercadotecnia global, pero también a las necesidades que encontraba el público extranjero en sus tramas novelescas. Dichos relatos reflejaban en la literatura procesos similares de lucha y desarrollo, personales y colectivos, provocando la reflexión sobre el mundo propio y la toma de conciencia sobre las transformaciones mundiales que se estaban dando.

En México, la literatura femenina de los años setenta y mediados de los ochenta supuso un cambio decisivo para las letras del país, y la que se publicó en la década de los noventa consolidó el lugar de la producción femenina en la novelística nacional. Las escritoras gozaban ahora de gran destreza literaria y amplia experiencia en el terreno público lo que les permitió llevar más allá la temática de sus relatos. Aunque el discurso estaba lejos de ser uniforme, como era de esperarse, la cuestión de la identidad siguió presente en sus relatos y argumentaciones. Sin embargo, ahora el impulso estribaba en examinar con mucho más rigor y amplitud la identidad de la mujer y el hombre en las relaciones de género. La dinámica laboral que venía llevándose a cabo en México en las últimas décadas del siglo XX, sobre todo en lo referente a las mujeres, modificó con consecuencias diversas la vida cotidiana y las relaciones

de pareja. La magnitud de esa nueva fuerza productiva fue decisiva en el cambio de los roles tradicionales y la imagen de la mujer dentro y fuera del hogar.

Existe un alto índice de novelas que retratan la sociedad mexicana de los noventa enfatizando las convenciones que rodean a los géneros. Demasiado amor (1990), de Sara Seifchovich; Mujeres en Nueva York (1993), de Ethel Krauze; La reina (1995) e Inventar ciudades (1997), de María Luisa Puga; Paseo de la Reforma (1996), de Elena Poniatowska, y El amor que me juraste (1998), de Silvia Molina, por ejemplo, demuestran que las expectativas de uno y otro géneros son distintas y complejas por sí mismas. En estos textos el diálogo se presenta como una medida urgente para llegar a acuerdos maduros tocante a las prácticas de subordinación y autoridad que inhiben un desarrollo más saludable y pleno. Los relatos puntualizan la importancia de mantener vinculados los problemas de hombres y mujeres con los de la sociedad en su conjunto. Las anécdotas dejan ver que a menudo no son los compañeros los que obstaculizan la autonomía e independencia de las protagonistas. Las prácticas culturales entrelazadas en los papeles que cada uno representa obstruyen la cordialidad y el bienestar.

Las historias que se cuentan muestran personajes masculinos y femeninos, sobre todo de la clase media y clase media alta, buscando o poniendo en práctica comportamientos más abiertos. Estas actitudes más .exibles subrayan la creatividad que desarrollan para enfrentarse con prescripciones de género que han heredado de generaciones anteriores. Este nuevo desenvolvimiento revela actitudes distintas a las usuales contribuyendo a modificar la cultura y las relaciones entre ellos. Muestra de esto que comentamos son algunos personajes que reflexionan sobre la estricta división genérica y rechazan categorías cerradas entre hombres machos o mujeres abnegadas, descubriendo así que su definición está cimentada en patrones aprendidos que se repiten de generación en generación. Este nivel de conciencia respecto a una identidad creada de manera convencional es lo que les facilita los primeros cambios. Por consiguiente, cuando los protagonistas parecen confundidos en cuanto al papel que cada uno desempeña están manifestando los componentes psicológicos de una sociedad conservadora que, sin embargo, va modificándose.

La actividad revisionista y altamente creativa de esta producción literaria, elabora desde diferentes ángulos las relaciones de poder y los consiguientes conflictos de pareja que enfrentan las generaciones jóvenes en su proceso de afirmación. En novelas más tempranas, como Círculos (1977); Las posibilidades del odio (1977), y Pánico o peligro (1983), por sólo citar algunas, se hace alusión al descontento mutuo y a la insatisfacción que dejan los comportamientos rígidos. Esas mismas preocupaciones más elaboradas continuarán en la novelística siguiente, que en conjunto identifica los estreñimientos que acarrea para la pareja tanto la comodidad de la dependencia como los efectos nocivos de relacionarse con base en esquemas de desigualdad. Por otra parte, los relatos en cuestión resaltan también la ausencia de modelos que en diferentes circunstancias o momentos inspiren a las parejas para encontrar formas alternas de realización personal. La falta de

figuras significativas que los guíen en un nuevo tipo de relación que es la que estimula el cuestionamiento y la que, en el caso de las protagonistas de los textos mencionados, incita el deseo de individualización y autonomía que perciben en el compañero.

De cierta manera, la gura masculina en estas tramas constituye un punto de referencia de autonomía, desenvoltura e iniciativa, o bien de actitudes paternalistas o irresponsables, que obligan al personaje femenino a volverse sobre sí mismo y re. exionar.

El apremio intelectual por revisar los roles de género dentro de la cultura se volvió eminente, no sólo para hacer frente a la repre sión política que descubrió Tlatelolco en 1968, sino también para encarar la gran crisis económica que le sucedió, sobre todo la de los años ochenta. Ambos trances afectaron drásticamente la vida de muchas familias mexicanas.

De ahí que, si en un principio el tema de la identidad se había presentado básicamente como un problema de las mujeres a menudo de la clase media urbana, a medida que la libertad cívica y los recursos adquisitivos se vieron amenazados, la identidad pública del hombre de este estrato también entró en juego.

La pérdida de las garantías sociales y económicas que predominaron entre los años 1968 y 1984, planteó para la clase media el mismo problema de frustración e incapacidad personal que venían enfrentando las mujeres ante a las estructuras dominantes. La narrativa de este tiempo nos muestra que los con. ictos sociales de la época exigieron una suerte de auto evaluación por parte de hombres y mujeres, y se presentó, como nunca antes, la oportunidad de efectuar cambios significativos en el ámbito individual y en el de las relaciones de pareja. Las autoras, sensibles ante estas fluctuaciones de roles documentan tales relaciones en sus textos, al mismo tiempo que, a través de sus anécdotas, cuestionan las prácticas absolutas de poder y su repercusión en la vida no sólo de la pareja, sino de la sociedad. Por consiguiente, aunque la obra de este grupo de novelistas se centra en las reivindicaciones y los avances de las mujeres, no soslaya la trayectoria y la visión de la generación en conjunto. En estas obras la auto búsqueda y la auto de. nición obligan a cuestionar la complacencia de aceptar como de. nición de la cultura tradicional el rol sexual asignado para cada género. Las anécdotas muestran a los personajes en la búsqueda de comportamientos más abiertos e igualitarios; algo impensable veinte años atrás.

En ninguna otra literatura es tan evidente un lento avance de los cambios de actitud hacia la sexualidad y el género como en la ficción que trata la identidad lésbica. La escasez de producción literaria con esta orientación revela la falta de comprensión hacia el mundo homosexual. El crítico David William Foster señala que las nociones preconcebidas sobre la homosexualidad como perversión y aberración, en última instancia parten de los comportamientos antisociales. En las letras del país, los esfuerzos por dar a conocer y comentar esta experiencia de las mujeres aparecen en las novelas autobiográ. cas

Amora (1989), de Rosamaría Ro. el, y Dos mujeres (1990), de Sara Levi Calderón.

Los textos retan las ideas convencionales de identidad sexual y cultural y, como sugiere Guadalupe Cortina, “abren una nueva corriente en la literatura mexicana, la de un tratamiento diferente de la sexualidad femenina y la configuración del amor entre mujeres, todavía tabú en las letras mexicanas”. En resumen, en el contexto cultural mexicano, la década de los noventa documentó una renovación de actitudes y valores, tanto en la esfera pública como en el espacio doméstico, que trastocó las pautas de género a que nos hemos venido refiriendo. Estas transformaciones fueron en parte producto del influjo constante de modelos de valores sociales extranjeros que a partir del medio siglo habían ido permeando gradualmente la textura social mexicana debido al fenómeno de globalización entre las naciones occidentales. En el ámbito local, la crisis económica que se arrastró de la década de los ochenta, originó nuevas fisuras dentro de los ya cuestionados valores tradicionales de la sociedad.

Tales disequilibrios sociales y económicos volvieron a sacudir la conciencia de los mexicanos, sobre todo los de la clase media, respecto a su papel dentro del ambiente doméstico, así como a fortalecer su voz dentro del engranaje político nacional. El apremio por mantener el estilo de vida correspondiente a su nivel económico, obligó a que la mujer ampliara sus parámetros de acción fuera del hogar, lo que propició que la pareja cambiara su nivel de conciencia. Ciertamente, sobre la mujer siguieron recayendo la mayoría de las responsabilidades familiares, a menudo aliviadas a expensas de la trabajadora doméstica, sin embargo, es innegable que se suscitaron con mayor contundencia drásticas innovaciones en la conceptualización de los roles que hasta entonces habían prevalecido entre la pareja.

La nueva concepción de identidad cotidiana, tanto para la mujer como para el hombre, se manifestó sobre todo en el reconocimiento de la dudosa naturalidad con que se habían definido sus posiciones dentro de su núcleo. Las actitudes innovadoras presumen un crecimiento de las relaciones entre hombres y mujeres un desarrollo muchas veces forzado por las circunstancias y otro como un proceso evolutivo, así como cierta madurez en la percepción de sí mismos dentro del esquema cultural (Gutmann, 243). El énfasis en el “quien soy” (mi identidad femenina) de las décadas de los setenta y ochenta viene a reemplazar un “quienes somos”; es decir, la identidad personal de cada uno de nosotros como individuos y como compañeros, que evidencia las nuevas posturas hacia lo que define lo masculino y lo femenino.

Las novelas que presentan esta temática y ambientación durante el periodo, tales como *Inventar ciudades* (1997) y *El amor que me juraste* (1998), muestran una flexibilidad que resulta crítica para negociar la masculinidad y la feminidad en el México de fin de siglo.

La cuestión de la identidad nacional En la década de los noventa las tramas novelísticas documentaron vigorosamente los cambios sociales en las vivencias de sus protagonistas que, aunque con historias distintas,

convergió en la visión de una sociedad que vive de muchas formas las ventajas de una vida industrializada y moderna, y las correlativas desventajas que este desarrollo trajo, especialmente para las sociedades en vías de desarrollo.

La transformación de este tipo de personajes de ficción está ligada a su participación activa en la toma de decisiones personales y en la de los derechos que les otorga la ciudadanía, de las cuales emergen casi siempre más seguras de sí mismas.

Además, los textos presentan la correlación entre el espacio exterior y el íntimo, delineando con ello la necesidad de ver las dos esferas de una manera menos antitética. El deseo de romper estas divisiones ficticias genera un profundo interés en la indagación de los sistemas ideológico y político que den en la abstracción de lo que es ser mexicano. Gran parte del proyecto novelístico de este período se enfoca en la investigación de la construcción de la conciencia de nacionalidad y la influencia que ésta ejerce tanto en el modo de ser como en la conducta social.

Sin embargo de que este aspecto se había venido examinando consistentemente en la ficción masculina desde la época posrevolucionaria, la perspectiva de la mujer añade otra variante. Ahora el auto conocimiento femenino se plantea en función del escenario político y jurídico de lo "mexicano," a fin de estudiar la alianza entre el patriarcado y el nacionalismo (Franco, 22). Se intenta, sobre todo, replantear nuevas categorías de pertenencia y hacer evidentes los modelos que se emplearon en el período posrevolucionario para unir a una nación altamente heterogénea. Aunque en este programa se buscaba cierta unidad nacional que posibilitara la unión patriótica y la paz social en la incipiente nación mestiza, como ya ha señalado la crítica, se excluyó desde su asentamiento a las minorías culturales indígenas y los grupos inmigrantes provenientes principalmente de Europa (Franco, 113 y 172).

La urgencia por alterar los modos de representación de la identidad nacional tiene que ver en gran parte con la circunstancia particular de este grupo de autoras. En una ojeada rápida al índice de literatura que se publica en la década de los años setenta y ochenta salta a la vista la presencia energética de una primera generación de narradoras, poetas, ensayistas y críticas literarias de padres extranjeros, que provenientes de diferentes puntos del globo y con distintos fines y expectativas hicieron de México su nueva patria. Sabina Berman, Margo Glantz, Bárbara Jacobs, Ethel Krauze, Angelina Muñoz-Habermas, Alejandra Luiselli, Miriam Moscona, Rosa Nissán, Aline Peterson, Elena Poniatowska, Perla Schwartz, Sara Sefchovich, Esther Seligson y Verónica Volkow son algunos nombres reconocidos en la nómina de la primera generación de hijas de inmigrantes, la mayoría de ellos exiliados, intelectuales dedicados a la política, las artes, la historia, la filosofía y la enseñanza superior. Sus hijas son las herederas de una tradición cultural bipartita que en la línea europea viene influenciada por un pensamiento más abierto y progresista que el de la tierra de adopción. Estas circunstancias las hacen crecer, desarrollarse intelectual y emotivamente desde una edad temprana en el mundo singular de

los desterrados, forzándolas a recurrir al conocimiento de su doble identidad cultural y a discernir las tensiones que ésta les produce.

Semejantes factores facilitan la autonomía de pensamiento que con frecuencia se traduce en una gran curiosidad intelectual y en determinada inclinación estética, como lo indican las biografías de estas autoras (Pfeiler, 91). De ahí que no sea una coincidencia que desde la década de los setenta un componente significativo de la producción literaria femenina en México lleve la rúbrica del apellido extranjero.

Tampoco es sorprendente que sus experiencias personales sean fundamento para la elaboración de una creatividad que, por un lado, rescata formas de vida que son al mismo tiempo propias y ajenas, integradas y periféricas, y por el otro busca dar sentido existencial a todas ellas.

El peregrinar continuo en busca de la afirmación de su identidad múltiple, un motivo constante en esta escritura, permite a las autoras afirmarse al captar y cuestionar los valores ideológicos que les impiden integrarse a la definición mestiza y las desplaza del espacio de "lo mexicano." Sus historias personales son ejemplos representativos de un sujeto nacional que pone en tela de juicio el discurso de la cultura mestiza dominante. De ahí que su literatura exprese la necesidad de hacer un cambio en el centro de la enunciación en el que no participan, alterando con su nueva concepción de ciudadanía las posturas tradicionales y reduccionistas de la identidad mexicana. Su creación celebra la pluralidad de un ser que busca la unidad y la diferencia con el cuerpo social mayoritario a fin de anudar dos universos aparentemente ajenos.

Las genealogías (1981), de Margo Glantz; Las hojas muertas (1987), de Bárbara Jacobs; La . or de Lis (1988), de Elena Poniatowska; Demasiado amor (1990), de Sara Sefchovich; La Bobe (1990), de Sabina Berman; Novia que te vea (1992) e Hisho que te nazca (1996), de Rosa Nissán, son sólo algunos ejemplos de esta novelística que reactualiza la concepción de lo mexicano al incorporar las voces ausentes de la cultura. Sus escritos configuran una diversidad étnica y racial que autentifica el componente real de "la gran familia mexicana." A menudo sus relatos se construyen sobre la investigación genealógica, la cual tiene múltiples objetivos. Por una parte, se intenta recuperar el pasado sanguíneo y dar sentido a su fragmentación familiar; por otra, se procura esclarecer la compleja problemática de cómo se constituye la nacionalidad y la di. cultad de insertarse dentro de la cultura mestiza dominante sin sacrificar la herencia cultural del grupo del que descienden.

En el mundo narrativo se crea un espacio para la mirada intro y retrospectiva, y en esa vuelta a las raíces se revela el deseo de a. rmarse de lleno como mexicanas, al mismo tiempo que se van armando las piezas del rompecabezas histórico y personal del que provienen. Los relatos de los protagonistas reconstruyen las ambiguas relaciones con su propia historia e identidad, registrando mediante la obra en conjunto su lugar en la cultura nacional.

La participación en el debate de la formación nacional no es prerrogativa única de las escritoras de padres extranjeros. Las que no forman parte de esta clasi.

cación también revisan el archivo histórico y político que ha definido su identidad nacional, pero por la vía de un discernimiento que se alcanza en el deseo de revelar ciertas prioridades e intereses masculinos. Jean Franco, al hablar sobre la creación del mito nacional mexicano, comenta que “El problema de la identidad se presentó básicamente como un problema de identidad masculina, y fueron los autores varones los que discutieron sus defectos y psicoanalizaron a la nación”. Estas escritoras buscan desembarazarse de esa visión impuesta y emprenden la tarea de crear un terreno neutro, fuera del discurso oficial, en el que se subvierte la construcción imaginaria de la identidad nacional. El texto representa para ellas el lienzo expresivo ideal para reformular el poder que desconoce la naturaleza heterogénea de la cultura mexicana.

Las historias de sus protagonistas constituyen el pretexto para la incorporación, valorización y legitimación de los excluidos (Cortina, 22). Así, este segmento de la escritura nacional se presenta como otro esfuerzo por reconstruir y redimensionar las prácticas discursivas de los poderes e instituciones que han definido el pasado privado y público de los mexicanos.

En conclusión, hablar sobre la literatura femenina de los últimos treinta años en México es hablar de una nueva forma que toma el discurso literario mexicano, crítico e histórico, el cual revela compromiso y participación de la mujer, sobre todo la de clase media, en la fuerza intelectual y social de México. Aunque esta producción novelística ofrece un amplio y variado mosaico en su temática y en las estrategias textuales para representarla, una de las vertientes que toma esta producción es la indagación de la identidad, enfatizando por partida doble la identidad del hombre y la mujer en las relaciones de género en ambientes urbanos, y problematizando la identidad nacional. Ambas tendencias puntualizan una línea argumentativa que describe un auto descubrimiento que desestabiliza órdenes que han dejado de ser efectivos para las necesidades de una cultura con grandes disyuntivas y contradicciones.

Esto se efectúa a menudo mediante un proceso complicado y doloroso, del que surge una nueva arquitectura para la mujer y el hombre y, en un marco más amplio, para los mexicanos. La escritura de estas autoras, tal y como se expone en muchas de las obras que se publican a partir de la década de los setenta, lleva a cabo un estudio sistemático de las estructuras políticas e institucionales que posibilitan y rigen las prácticas, discursos y representaciones culturales.

Este conjunto de textos reformula el contrato social de todos los mexicanos y como otra perspectiva teórica, resultan ser una herramienta indispensable para realizar dicho proyecto.

Obras citadas

Cortina, Guadalupe. *Invenciones multitudinarias: Escritoras judío mexicanas contemporáneas*. Newark: Juan de la Cuesta, 2000.

Domenella, Rosa, ed. Territorio de leonas: Cartografía de narradoras mexicanas en los noventa. México: Casa Juan Pablos Centro Cultural, 2001.

Foster, David William. Gay and Lesbian Themes in Latin American Writing. Austin: University of Texas Press, 1991.

Franco, Jean. Las conspiradoras: La representación de la mujer en México. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

Gutmann, Matthew C. The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City. Berkeley: University of California Press, 1996.

Krauze, Enrique. Mexico: The Biography of Power. Trans. Hank Heifetz. New York: Harper Collins Publications, 1997.

Lamas, Marta, ed. El género: La construcción cultural de la diferencia sexual. México: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 1996.

López González, Aralia. Sin imágenes falsas, sin falsos espejos: Narradoras mexicanas del siglo XX. México: El Colegio de México, 1995.

Martínez, Elena. "Entrevista con Rosamaría Rof- . el." Con. uencia 8-9 (1993): 179-80.

Meyer, Michael and William Sherman. The Course of Mexican History. New York: Oxford University Press, 1987.

Pfeifer, Erna. Entrevistas: Diez escritoras mexicanas desde bastidores. Frankfurt: Vervuert Verlag, 1992.

Sefchovich, Sara. Mujeres en espejo. Vol 1 México: Folios Ediciones, 1983.

Tarrés, María Luisa. Ed. La voluntad de ser: mujeres en los noventa. México: El Colegio de México, 1992.

Tuñón Pablos, Julia. Women in Mexico: A Past Unveiled. Trans. Alan Hynds. Austin: University of Texas Press, 1999.

Obras consultadas

Berman, Sabina. La Bobe. México: Planeta de México, 1990.

Glantz, Margo. Las genealogías. México: Martín Casillas, 1981.

Jacobs, Bárbara. Las hojas muertas. México: Ediciones Era, 1987.

Krauze, Ethel. Mujeres en Nueva York. México: Grijalbo, 1993.

Levi Calderón, Sara. Dos mujeres. México: Editorial Diana, 1990.

Nissán, Rosa. Novia que te vea. México: Planeta de México, 1992.

Mastretta, Angeles. Arráncame la vida. Seix Barral, 1985.

Molina, Silvia. El amor que me juraste. México: Joaquín Mortiz, 1998.

----. La familia vino del norte. México: Cal y Arena, 1991.

----. La mañana debe seguir gris. México: Cal y Arena, 1977.

Pettersson, Aline. Círculos. México: Fondo de Cultura Económica , 1977.

Poniatowska, Elena. La . or de lis. México: Era, 1988.

----. Hasta no verte Jesús mío. México: Era, 1969.

----. Querido Diego, te abraza Quiela. México: Biblioteca Era, 1978.

----. Paseo de la Reforma. México, 1996.

----. Tinísima. México: Era, 1992.

Puga, María Luisa. Las posibilidades del odio. México: Siglo Veintiuno, 1977.

----. Antonia. México: Grijalbo, 1989.

----. La forma del silencio. México: Siglo Veintiuno, 1986.

----. Inventar ciudades. México: Alfaguara, 1998.

----. Pánico o peligro. México: Siglo Veintiuno, 1983.

----. La reina. México: Seix Barral, 1995.
Ro. el, Rosamaría. Amora. México: Editorial Planeta Mexicana, 1989.
Sefchovich, Sara. Demasiado amor. México:
Editorial Planeta Mexicana, 1990.

Irma López, Ph.D.
Profesora Asociada
Western Michigan University
Facultad de Español
Kalamazoo, MI

Áreas de investigación: La narrativa contemporánea hispanoamericana, con énfasis especial en la literatura femenina hispanoamericana. Autora de Historia, escritura e identidad: La novelística de María Luisa Puga. New York: Peter Lang, 1996. Otras publicaciones incluyen artículos sobre Elena Poniatowska, Rosario Ferré, María Luisa Puga, Mayra Montero, Sara Sefchovich, Rosa Nissán y Carlos Fuentes.